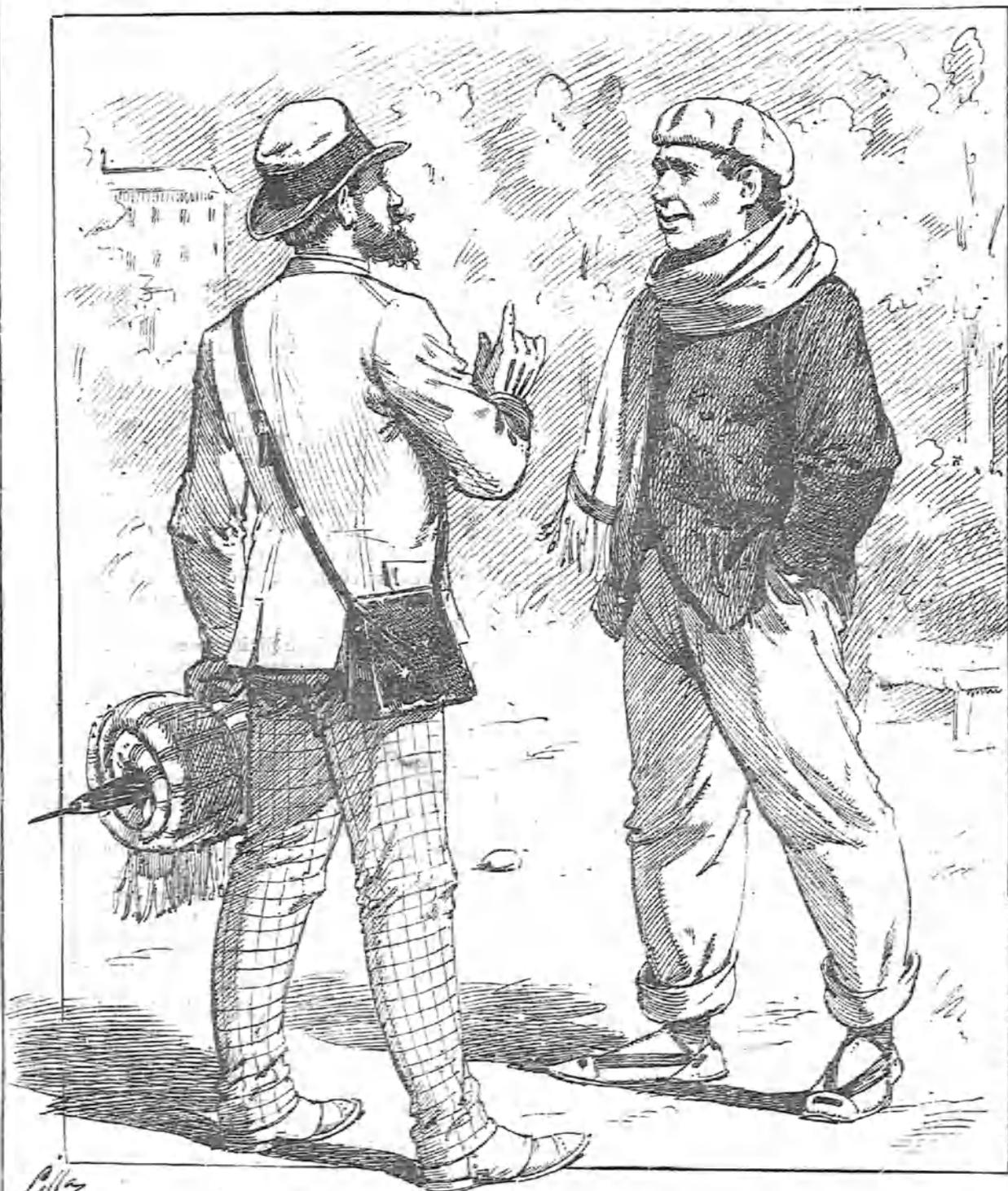




Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FANTASÍAS GUIPUZCOANAS



—Bueno; á la vuelta, tú me traerás el equi paje. ¿Por quién pregunto?

—Por Echeverrigorrigoicoerrotacoechea.

—¡Caracoles! ¡pues vaya un viva difíciloso

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA, XXXVIII, San Sebastián, por Sinésio Delgado.—Balada, por José Estremera.—Glorias guipuzcoanas, por Antonio Peña y Goñi.—*Compañerismo*, por José López Silva.—Al Sr. Juez de guardia, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Fantasías guipuzcoanas.—San Sebastián.—En el estanque, por Cilla.



Hácese grandes preparativos para la *Fiesta de la infancia*, que se va á celebrar en el Hipódromo, á fin de que resulte lo más amena y brillante posible.

Los niños de ambos sexos, pertenecientes á las escuelas municipales, entonarán hasta cinco himnos, uno tras otro; después desfilarán con equidad y aseo por delante de la tribuna régia, y concluirán por comerse, cada uno en particular, los siguientes *objetos*: una empanada de ternera, un panecillo de Viena, una naranja, varios confites y una medalla conmemorativa de la fiesta.

Como se vé, la cosa no puede ser más extraordinaria ni más agradable, no sólo para los niños, sino también para sus dulces y amorosas familias.

Van á comenzar los ensayos de los cinco himnos, y los muchachos se disponen á concurrir llenos de júbilo. Es de suponer que con este motivo las madres se decidan á lavarles la cara, porque hay chico de éstos que no ha recibido en toda su vida más agua que la bautismal.

Aunque parece que el Ayuntamiento de Madrid no hace nada, la verdad es que de cuando en cuando tiene iniciativas sorprendentes.

Porque todo esto es obra del Municipio, auxiliado por la Junta de Instrucción primaria en colaboración con el fabricante de empanadas de ternera.

En todos estos trabajos preparatorios intervienen directamente los concejales; y mientras uno le prueba la voz á media docena de chicos, otro les va sujetando bien los pantalones para que se presenten ante el maestro de coros con la necesaria decencia.

Cuando éstos regresan á sus casas después del ensayo, dicen á la familia con acento de mal humor:

—Madre; á ver cómo me cose V. los calzones, porque se me sale la camisa y no quiero que tengan nada que decir los concejales. Hoy, un síndico ha tenido que ponerme un alfiler.

—Madre; me ha dicho un señor del Ayuntamiento que haga V. el favor de rasparme la cara con un cristal para ver si se me quita el musgo, porque él, por más que frota...

Todos estos sacrificios de nuestros ediles, redundarán en beneficio de la instrucción, y hasta si se quiere del aseo personal; porque los chicos, al verse delante de aquellos señores con gabán y chistera, tratarán de imitarles en todo, y aún hemos de ver por ahí fosforeros con cuello postizo y vendedores de periódicos con *blusa de pieles*.

Parece que no, pero estas fiestas y estas empanadas, ilustran muchísimo á los niños.

En esta época de unión cristiana, los teatros se ven poco concurridos y hasta la naturaleza quiere asociarse á nuestra tristura, vertiendo copioso llanto que nos embadurna los pantalones.

Para pensar con más recogimiento en las cosas de arriba, entramos en la iglesia y allí está el *todo Madrid* conocido, como dicen los revisteros elegantes.

La Marquesa de Esto, la Condesa de Aquello, la Vizcondesa de lo Otro... Allí, con la mirada fija en Dios y en los vestidos de las demás, se entregan á las preces y

piensan en lo mucho que pasó Jesucristo por nosotros y en lo que tarda la modista en hacerles el traje de Semana Santa.

Entre los que con más fervor dirigen al cielo sus oraciones, figura D. Bonifacio, inspirado cerero, hermano de tres cofradías, que bebe el agua bendita á todo pasto, y adereza la lechuga con el aceite de las lámparas religiosas... Es un varón justo, acaparador de indulgencias y otros gajes místicos, hermano de Nuestra Señora del Amor Hermoso, primo del Sagrado Corazón, con cuñado de las hijas de María, y prestamista al 36 por 100 mensual sobre haberes del Estado.

Por las mañanas oye misa; por las tardes reza el rosario, y por las noches le pega cada paliza á su mujer, que la parte.

Pero es lo que él dice:

—El hombre es pecaminoso; el hombre es finito; sólo Dios es infinito y omnipotente. Por eso le pego á mi señora, y después vengo aquí, á lavarme con la oración y la penitencia.

Un hombre así, da gusto.

Al lado del cerero reza una señora, modelo de continencia y madre de once criaturas. Mientras ella pasa el día en la casa del Señor; conferenciando con los ángeles, los niños andan por casa de riguroso cutis, sin que nadie se ocupe en tenderles una mano generosa. El más chiquitín, que está en la lactancia, grita que se las pela, tendido encima de un baúl, donde le ha colocado su santa madre, antes de irse.

La criada ha salido por lo que le hacía falta, y los chicos se entregan á las expansiones propias de la edad. Uno de ellos ha cogido la pantalla de la lámpara del comedor, y se ha cubierto con ella la cabeza á guisa de sombrero chino; otro, debajo de la cama para no ser visto, se entretiene en desocupar un frasco de guindas en aguardiente. Otro anda de paseo por la sala metido en la levita nueva de su papá, y otro moja zoquetes de pan en el agua de la jofaina, y se los come.

Cuando el padre regresa de la oficina y ve todo aquello, quiere coger á los chicos y estrangularlos uno por uno; pero se limita á cogerlos por el cogote, y tirarles contra la cómoda, como si fueran pelotillas de papel.

—¡Pícaros! ¡Bribonazos!—grita con desesperación.—Vais á acabar conmigo. ¿Dónde está vuestra madre?

Los niños no contestan, porque están ocupados llorando.

—¡Carolina!—sigue diciendo el padre.

Y registra la casa; pero su esposa no está allí. Entonces entra la criada, procedente de la tienda, y dice:

—La señora se ha ido.

—¿A dónde?

—A las Cuarenta Horas.

En aquel momento, el mamoncillo acaba de caerse desde el baúl, y rodando, rodando, ha ido á meter la cabeza dentro de una zapatilla suiza de su papá.

—¡Ay, qué se ahoga Camilito!—grita la criada, corriendo en socorro del pobre chico que está ya morado.

Los demás hermanos han ido á refugiarse á la cocina, huyendo de las iras paternas, y el infeliz esposo se deja caer sobre una silla, dirigiendo los ojos al cielo. Quiere limpiarse el sudor que baña su rostro, y se lo frota con una toalla.

—¿Qué es esto?—grita al sentir cierta humedad sospechosa.

—No se asuste V.—responde la doméstica.—Es tinta. Los niños han volcado el tintero sobre la ropa blanca que acababa de traer la lavandera.

Nueva desesperación del padre y nuevos sollozos de los chicos, que al fin se presentan ante el autor de sus días prometiendo no volver á hacerlo más.

Y entretanto, la amorosa madre y dulce esposa, reza que reza...

Al llegar aquí suena el timbre del teléfono.

—¿Quién?—pregunto.

—El impresor... ¿Está acabada la revista?
 —Sí. Que vengan por ella.
 —Al momento.
 —¡Ah!... Ponga V. una nota al final, rogando á los lectores que me dispensen las muchas faltas.
 —¿Está V. malo?
 —Peor que eso. Me han leído esta mañana en ayunas una comedia y la tengo todavía en la boca del estómago.
 —¿Pero aún hay quien lea por las casas?
 —Sí; el mundo está lleno de *piratas literarios*.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XXXVIII

SAN SEBASTIÁN

La capital de Guipúzcoa, á mas de fama de linda, tiene, como ustedes saben, carácter cosmopolita. Es española por sangre y por gracia, y por justicia, pero sería lo mismo francesa, italiana ó suiza. Tuvo la moda tirana el capricho de elegirla, y allá la llevó el dinero que en el verano se tira, la dió el sello del buen gusto, la vistió de telas finas, la aderezó con brillantes y con mujeres bonitas, y así dobló el atractivo de su hermosura nativa. Por estas razones, y otras que me callo por sencillas, yo paso la pena negra sudando gotas de tinta para buscar algún rasgo que la pinte y la distinga.

San Sebastián es el cero de una ruleta magnífica donde vá á parar la bola de las gentes distinguidas que juegan á darse tono y á no mirar lo que tiran. Con la fiebre del dinero Madrid consume la vida y en los negocios las fuerzas se gastan y se aniquilan. San Sebastián, cariñoso, tranquilo sosiego brinda, y allí acechan centenares de patronas y fondistas, que hacinando á los viajeros les estrujan y les pinchan hasta que sueltan el jugo que amontonó la codicia. Es, pues, la corte rétorica donde el oro se liquida y vá á parar á la playa por ocultas cañerías. Merece esta preferencia sobre las otras provincias? Creo que sí la merece y allá voy á describirla.

En primer lugar, el viaje halaga la fantasía; porque es de lo más hermoso que puede gozar la vista aquel panorama espléndido de las montañas altísimas; los caseríos sembrados á granel en la campiña, el bosque apretado, el río que juega, salta y se riza, y los trajes pintorescos de aquella gente sencilla. Yo fui de Bilbao, por tierra, y juré á Dios que aquel día me dió muchísima rabia no tener alma de artista. Después, la ciudad ocupa una posición magnífica;

es moderna casi toda con hermosas y anchas vías, paseos de primer orden, hoteles de gente rica, cien edificios soberbios, aire puro, fresca brisa, y una playa á cada lado, las dos entre sí distintas. La Zurriola, ruda y fuerte. Las olas allí bravías con estrépito se rompen, se arquean, rugen y brincan. La Concha... pero la Concha merece que la describa cualquiera pluma que tenga más salero que la mía. Frente á la boca del puerto que allá lejos se divisa se alzan bonitos hoteles formando correcta fila; delante de sus fachadas del sólido muro encima el paseo, más abajo la playa alegre y tranquila donde juegan con los cubos y buscan conchas las niñas y... donde las madrileñas enseñan cosas divinas cuando salen tiritando á meterse en las casillas. A la derecha jardines, allá la ciudad antigua, y entre el *boulevard* y el puerto, aspirando las delicias de la mar y de la tierra que gratis se las envían, el suntuoso Casino que las guarda, las alquila y las vende luego caras á todo el que se las pida. Nada digo del Casino, porque todo lo que diga es tortas y pan pintado si ustedes no lo visitan. Aquello es regio. Es el lujo llevado á la esencia quinta (no escribo á la quinta esencia porque el verso me lo priva.) Las puertas de aquel palacio no admiten categorías, ven una bolsa repleta y se abren ellas solitas; ¡caso cuando se cierran sale la bolsa vacía! Desde sus esbeltas torres, miradores, galerías, balconcillos y terrazas tal se recrea la vista, que no hay quien al separarse no lloré á lágrima viva, sólo que lloran algunos por razones muy distintas...

El *Asuleard* es bonito. Hay que verla al mediodía cuando, en pelotones, salen las guipuzcoanas de masa, para probar que en el Norte hay también muy buenas chicas que se rairán de firme

de las cadaduras tísicas que en figura de manebos en verano las visitan.

Voy á advertir una cosa que acaso á alguno le sirva. No sé si otra vez he dicho que el *chacolí* es mi delicia y que lo prefiero á todos los productos de las viñas. Pues bien, al tomar asiento para empezar la comida díjeme: ¿dónde mejor que en la tierra en que se cria? y llamé á la camarera y pedí una botellita. Renuncio á pintar mi asombro (esas cosas no se pintan), cuando ví, al pagar la cuenta, que mi capricho valía ¡dos pesetas justamente, perra sobre perra chica! ¡No vuelvo á probarlo en todo lo que me queda de vida! He contado este detalle, aunque nada significa, para que ande todo el mundo con mucho ojo en lo que pida. Sin embargo, francamente, y para hablar con justicia,

por más que todo se paga y todo consta en la lista, San Sebastián es un pueblo que honra á España... y á sus Indias, bonito, alegre, elegante, con esa coquetería de las ciudades modernas, que atrae, encanta y anima, y es preciso visitarle (si es posible, sin familia), aunque uno se deje en prendas los puños de la camisa. ¡Son tan hermosas las playas, las mujeres tan bonitas y tan graciosos los niños y tan remonas las niñas, con sus hoínas y sus lazos y sus flores y sus cintas, que hasta el excesivo precio de la habitación se olvida! Además, cuando las damas con aquellas manos lindas ponen un billete á negro tomando la alternativa, ¿quién se acuerda ya del mundo, ni de penas ni desdichas? Conque... hasta el próximo estío y que de salud nos sirva.

SINISTRO DELGADO.

BALADA

¡Ecoute-moi, Madémoiselle!
 Victor Hugo.

Escucha, niña inocente; el invierno ya su huida ha emprendido á otra región. Ven al bosque, en que mi gente va á lo lejos, conducida de la trompa por el són. Parece que Primavera, cuyo aliento presta olores, alegría y pinta al rosal, en agradarte se esmera, y el manto lleno de flores vierte sobre el carrascal. Esas nubes enojosas, que del Oriente al ocaso ayer apiñadas ví, hoy al verte, cariñosas, dejan al sol libre el paso para que se mire en tí. ¡Oh, si yo fuera el cordero que tiene bajo tu mano su blanquísimo vellón, ó el pájaro que ligero, busca el árbol más cercano para aprender tu canción! ¡Quién fuera la mariposa de tintas de oro y de grana, que, deseando su mal, buscando la luz, ansiosa y alegre, de tu ventana aletea en el cristal,

á tiempo que, ante el espejo vas deshaciendo el alio de tu cuerpo encantador, descíñete tu zagalejo, y te quitas el corpiño de tesoros guardador! ¡Quién el sacerdote fuera ante el cual te inclinas triste balbuciendo una oración, y de tus labios oyera pecados que cometiste sólo en tu imaginación! Si quieres, mi amor lo abona; en vez de la mejorana que orna tu sien virginal, ceñirás una corona donde, en rica filigrana, luzca la perla oriental. Tendrás, como tú lo quieras, pajes y damas hermosas que te sirvan el vestir. Tus más extrañas quimeras en realidades preciosas sabrá mi amor convertir. Yo puedo hacerte Condesa, soy el Conde Roger, y eres mi solo, mi único amor. De andar por los campos cesa, mi niña... si no prefieres que se haga el Conde pastor.

JOSÉ ESTREMEIRA.

GLORIAS GUIPUZCOANAS

SERVIDOR DE USTEDES

En la sociedad hay muchos corazones de buen temple, que sienten la cobardía de no decir lo que sienten.

E. BUSTILLO. — (El Circo de Buenavista.)

¡Lo que son las corazonadas! Tres veces me han pedido datos biográficos: una vez el mismísimo Pierre Larousse, para su famosísimo y monumental diccionario; otra, nada menos que César Cantú, para un apéndice de su *Historia Universal*; y la última, todavía no hace ocho días, la célebre casa alemana Breitkopf y C.^o, para una obra titulada: *Los hombres más eminentes del siglo XIX en todos los ramos del saber humano, desde Nabucodonosor, Salomán y Temistocles, hasta nuestros días*.

¡Y nada! Me he encerrado en una reserva que apreciarán las personas dignas, y no me ha dado la gana de que Francia, Alemania ó Italia se dividieran el honor de revelar al mundo mis portentosos talentos.



Petites donostiarras.



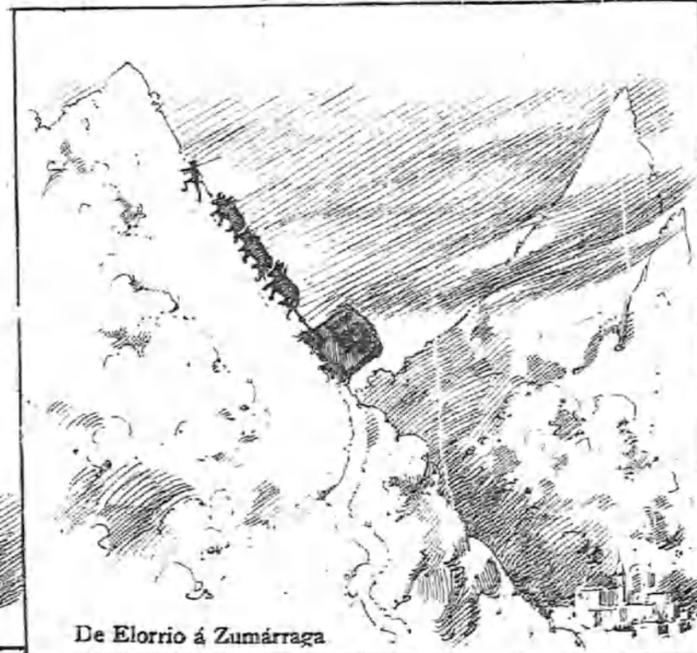
Un guardia municipal que parece un General.



Miquelete.



Bombero



De Elorrio á Zumárraga



Este boulevard no tiene á ninguno nada que *envidiara*.



El mejor palacio que se ha levantado en el mundo al Rey... de copas.



Oh! ¡la concha!



Los mozos del casino.

El corazón me decía que esperase. He esperado con calma, en silencio, tranquilamente, cual cumple a un hombre de verdadero mérito, y... ¡ya está!

MADRID CÓMICO publica hoy el retrato de mi pueblo, como quien dice. Publicarse mi pueblo y no salir ya a relucir, sería un crimen, sería una obra incompleta.

Los pueblos en sí ¿representan algo? No señor.

Digan VV. (es una comparación) Valladolid, y es como si dijeran VV. Guimorcondo. Más casas, más habitantes, más comercio, todo lo que VV. quieran; pero total, lo mismo.

Pero digan VV. «el pueblo de Zorrilla» y ya tienen VV. a Valladolid idealizado, henchido de poesía, radiante de inspiración y convertido en oda, leyenda y romance, transfigurado, inmenso, inmortal.

Ahora viene lo mío. Digan VV. San Sebastián. ¿Y qué? Una ciudad muy bonita; muy aseada, preciosa, montísima; pongan ustedes todos los adjetivos laudatorios que existan en el mundo, y todavía habrá que inventar otros para describir la perla del Océano; conformes.

Pero digan VV. «el pueblo de Peña y Goñi» y... no es porque yo me ponga moños, pero, vamos, con la mano en el corazón, ¿no es verdad que llamando a San Sebastián *el pueblo de Peña y Goñi*, parece como que se ensancha, y se estira, y se yergue, y se contonea?

Y es eso. Es que la población en sí no es más que materia inorgánica; somos nosotros, los hombres ilustres, los que damos a esa materia vida impercedera y la trasladamos engrandecida a las páginas del porvenir.

Por eso en cuanto supe que Sinesio Delgado y Ramón Cilla exhibían a San Sebastián en las columnas inmortales de MADRID CÓMICO, dejé a un lado la modestia, y quise dar en los hocicos a Francia, Italia y Alemania, representados por Pierre Larousse César Cantú y Breitkof y C.^a

La ocasión se ha presentado ¡me lo decía el corazón! y la aprovecho gustoso. Prefiero el honor de la patria a la honra extranjera. ¿Hago bien? Oigo la contestación afirmativa, doy las gracias, y empiezo.

Ante todo, hay que sentar como axioma que yo soy el hijo más ilustre de San Sebastián. ¿Hay algún otro? Que levante el dedo y hablaremos. No, no lo hay, ni puede haberlo, porque si lo hubiese tendríamos que discutir, y lo que es susceptible de discusión no es axioma, y he empezado por sentar que mi único y exclusivo derecho a ser el hijo más ilustre de San Sebastián es axiomático.

Y ahora, lo de las zarzuelas:

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres?

—Escucha y lo sabrás.

II

Nací entre las 6 y las 7 de la mañana del día 2 de Noviembre de 1846, en la capital de Guipúzcoa. ¿En qué calle? En la del Puyuelo. ¿En qué número?... Lucas Gómez, no me acuerdo; pero no hay que apurarse: es la casa que hace esquina a la calle de San Jerónimo, a la izquierda, conforme se viene del *boulevard*, y a la derecha, según viene uno de la calle del 31 de Agosto.

Me parece que no puede haber confusión; pero si la hubiese... ¡hasta las piedras de la calle señalarán con orgullo el número de la casa donde abrí los ojos a la luz primera!

Nacer el día 2 de Noviembre, el día de las Animas, es atroz. ¡Solo a mí se me ocurre entrar en el batallón de los vivos, cuando todo Dios piensa en los muertos!

Por eso, sin duda, por la tristeza que dominaba en aquel día nefasto a los que me dieron el sér, me exornaron con los tres nombres más feos que registra en sus páginas el calendario católico-apostólico-romano; por eso, sin duda, me pusieron, Antonio, Eustaquio, Miguel.

¡Pero véase lo que son las predestinaciones! Al ponerme Antonio adivinaron, desde luego, que yo daría a ese nombre una fama monstruosa, y no se equivocaron. ¡Oh, padres amantísimos! Descansad tranquilos en vuestras tumbas. Vuestras inconscientes esperanzas se han cumplido con exceso. En este siglo XIX, siglo del vapor, de la electricidad y de las pastillas Géraudel, dos Antonios augustos, sacrosantos, inmortales, habrán sintetizado, monopolizado, condensado, esencializado e idealizado el talento, el genio y las virtudes del pueblo español: Cánovas del Castillo y yo; y solo un exceso de modestia me impide decir: ¡yo y Cánovas del Castillo!

¡A qué hablar de mi niñez! Fué la de todos los niños prodigios: mamá discretamente, lloré mucho, hice lo otro con bastante irregularidad, y de aquí se originó la enfermedad que aflige a todos los grandes hombres, y que padezco todavía: la dispepsia.

Doce años debía tener yo, cuando me metieron en el colegio

de los *Frères de Marie*, de San Juan de Luz, donde estuve dos años. Lo que hice allí, no es para creído ni por Santo Tomás. En matemáticas, pero, eso sí; pero en arte y en literatura, un horror! Nadie podía conmigo; me llevaba yo los premios de narración como agua bendita; salía reventado en los concursos, bajo el peso de los libros y de las coronas.

Verán VV. lo que me pasó hace pocos años. En el apogeo de mi gloria, poseedor de un nombre casi mundial (no suprimo el *casi*, porque creo que no me conocen aún en España), tuve la humorada de visitar el colegio de San Juan de Luz, para recordar los tiempos de antaño. ¡Las celebridades tenemos unos caprichos!...

Pues señor, fúme allí y pregunté por el Director, que vino a verme al instante. Estabamos conversando, y a las pocas palabras el hombre no pudo contener su asombro.

—¡Sapristí!—exclamó.—¡Qué manera tan admirable de hablar francés! ¡Es V. un portento, una maravilla! Ya quisiéramos los franceses poseer nuestro idioma como lo posee V. ¡Qué atrocidad! ¿Pero es V. de veras español?

—Sí señor—contesté majestuosamente.

Y entonces el Director, profundamente conmovido y con acento solerane, me dijo:

—Pues bien, caballero, si es V. español, debe V. emocionarse al pisar este recinto. Porque aquí, sí señor, aquí, bajo estas toscas paredes, aquí en estas aulas humildes, se ha incubado uno de los talentos más colosales de que se avantece en la actualidad la inteligencia humana.

Y cruzando las manos sobre el pecho y fijando en mí una mirada orgullosa y tierna a la vez, me disparó la siguiente pregunta:

—¿Conoce V. a Peña y Goñi?

—Esa pregunta es un insulto—contesté.

—¡Basta!—repuso el Director.—Dispénseme V. Pues bien; Peña y Goñi se educó en este colegio, que se enorgullece al citar su nombre y lo recuerda a los alumnos todas las noches cuando van a acostarse, para que sigan el ejemplo del «Gran Español», como aquí le llamamos.

No pude contenerme.

—Míreme V. bien, señor Director.

El hombre me miró.

—¿No adivina V. nada en mí?

—¿Sería posible?

—¡Sí!

—¿Peña y Goñi? ¡Ah!

—El mismo. ¡Oh!

Y caímos en nuestros brazos como masas inertes. ¡Qué escena! No la olvidaré mientras viva. Llamé a los profesores, mandé formar a todos los alumnos, me pasearon en triunfo, me dieron un banquete y... ¿dónde estaban VV. que no oyeron mi elocuentísimo discurso?...

Retrocedamos un poco.

III

Mi primer artículo se publicó en *El Imparcial* en 1869 y armó un escándalo. El famoso periódico, en el apogeo hoy de su popularidad, me mira con cierta indiferencia. ¡Ingrato! Pero ya verán VV. lo que escribe cuando exhale yo mi último suspiro:

«A *El Imparcial* le cupo la honra de dar a conocer en sus modestas columnas los primeros destellos del genio incomparable, cuya pérdida lloran hoy el arte y la literatura de España. La muerte de Peña y Goñi deja un vacío, imposible de llenar etcétera, etc.»

¡Como si lo estuviera leyendo!

Y cuanto a lo del vacío... aguarden VV. un poco. En crítica musical ¿hay quien me llegue ni a la suela del zapato? ¡Qué! ¿Y en revistas de toros? No ha nacido.

Con esto sólo se immortaliza cualquiera; pero no me basta. Ahora traigo entre manos una novela fisiológico-psicológico-sociológico-taurina, titulada *El Matador*, que va a haber que tirarla.

El único que me inspiraba algún temor era Pereda, pero después de *La Montañesa*, no le tengo miedo. El día que se publique mi *Matador*, ya pueden prepararse todos los novelistas de España a recibir y aguantar estocadas hasta la mano, de esas que hacen innecesaria la puntilla. Entonces veremos dónde está la verdad del toro, digo de la novela.

¡Basta! Contar a VV. las vicisitudes de mi vida, sería cosa imposible; necesitaría llenar muchos volúmenes. Si Dios me da salud, que sí me la dará, para realizar ese trabajo, prepárense ustedes a pasar ratos superiores.

Hoy por hoy, sólo deseo nombrar albaceas de mi testamento artístico-literario a mis innumerables admiradores, a quienes encargo lo siguiente:

1.º Llevarán las ocho cintas de mi féretro dos profesores de

la orquesta del Teatro Real (á puñetazos andarán algunos para disputarse ese honor), dos lagartijistas, dos gayarristas y el tenor y el barítono que estrenen *Los amantes de Teruel*. Todos ellos colocarán en mi tumba una corona de ortigas, con la inscripción: «No me jagasté reír, que tengo el labio partido.»

2.º La calle del Puyuelo de San Sebastián, se llamará calle de Peña y Gofí.

Al recibir dicha calle el sacramento del bautismo penaygoñiano, se descubrirá con gran solemnidad la lápida de mármol colocada en la casa donde nació.

Que sea muy elocuente la inscripción, y que pongan allí mi busto con una corona en la frente y un par de banderillas en la espalda. De esto último se encargarán mis enemigos. ¿A que me las ponen de fuego?

3.º Necesito tres estatuas: una en San Sebastián, cuando era yo chiquito; otra en San Juan de Luz, cuando yo era más grande, y otra en Madrid, con toda la barba.

¿Sitio? Donde quieran; me es indiferente. ¡Pónganlas donde las pongan, han de ser, á los ocho días, el centro más concurrido del lugar!

4.º Cuando se inauguren la calle, la lápida y las estatuas, quiero que se ejecute una cantata á grande orquesta, cuarteto vocal y coro de ambos sexos. ¿Quién escribe la letra? ¿Quién compone la música? ¿Quiéren VV. que sea el maestro Bretón? ¡Bueno, pues que lo sea!

5.º Mi centenario. Esto ya es más complejo y me faltan algunos detalles.

Ya se encargará de completarlos el Vidart de entonces.

Pero como siempre es bueno prever, y nadie está libre de Cassolas, he decidido morirme en primavera para que la tropa pueda formar y hacer las salvas de ordenanza.

¡Un demonio me pasa á mí lo que á D. Álvaro de Bazán!

ANTONIO PEÑA Y GOSI.

COMPAÑERISMO

—Bueno; ¿pa que tú te enteres, el remonte de mikel le afané Celipe, ¿sabes? Pero como que Celipe no ha encontrado entodavía quien le chafe las narices por cochino, se chulea y no hay un Dios que le obligue á repartir las ganancias, como el reglamento exige.

—Tú gracia.

—V lo peor es que el sinvergüenza repite. Hace tres ú cuatro noches rascó en el Circo de Price una áncora línea reta con diez y siete rubises, y como está acostumbrado á que ninguno le chille, también se achantó los cuartos, según me dijo la Trini ayer tarde, en la taberna de la calle del Salitre.

—Vosotros tenís la culpa por ser unos infelices. ¿No sus habéis asociado como Dios manda, los quince más decentes pa tener unión?

—Eso que tú dices.

—¿No sus preside el Chufitar?

—Claro.

—Pues si sus preside, ¿por qué no vas y le cuentas las cosas que hace Celipe, ¿pa que en la primera junta le dé dos patás?

—No sirve que uno se ponga de malas, porque el Chufitar distingue, y como el otro es pariente de un ípeter...

—Pues demite

y trabaja por tu cuenta pa que ninguno te chinche. Ahí tiés al Rata pilonga, que es más bruto que un tabique, y sin embargo, cien duros al mes no hay quien se los quite; pero es por eso né más, porque trabaja de libre, y si saca dos ú cuatro hace lo que hace ca quisque.

—Ya sé yo que tan y mientras que haiga tranvías y ríper, no me ha de faltar un peso pa comer, como tú dices.

—¡Claro!

—Pero de toos modos, en cuanto que á mí me trinquen por una casualidá muy grande, no hay quien me quite de estar en el Abanico seis días, ú diez ú quince, y estando asociado varía, porque siempre hay más posibles y más protección.

—Pues mira: hoy me han dicho que al Metimes le hace falta un descuidero pa la vacante del Príncipe; ¿quís que le trabaje?

—Bueno; trabájale, y si me asmité, te vas cualquiera noche por mi casa, me lo dices y... oye, vamos á pirarnos, que vienen dos aguaciles y nos van á dar pa el pelo si nos guipen.

—No te achiques. Esos dos ya me conocen y no hay cuidos; conque sigue.

J. LÓPEZ SILVA.

AL SR. JUEZ DE GUARDIA

«Señor Juez; soy un cesante que no sé de qué vivir, pues no soy de los que viven viviendo sobre el país:

ni la industria ni el comercio me ofrecen ya porvenir, y las especialidades no se han hecho para mí.

«Ni sé suspender relojes ni tengo gracia ni ché para timar forasteros por las calles de Madrid.

Yo no soy azeneista ni me dá por escribir, ni en mi vida he sido socio del Circulo Mercantil.

Yo no sé pesar un toro ni llega mi voz al sí, ni me gustan las jamonas, ni me ha dado por bullir, ni fui jamás candidato para un cargo concejil.

Todo el año ochenta y siete pasé en eterno sufrir.

Yo no conozco el bisteck, la tortilla ni el rosbiff, ni los clásicos garbanzos, como dicen por ahí.

Ayer mi novia, una rubia con rostro de querubín, que cose á máquina, y vive en la Calle del Candil, me devolvió quince cartas que en un año la escribí, diciéndome por el chico

que las traje—un galopin hermann suyo—«No vuelvas en tu vida por aquí.» Sin casa, ni hogar, ni novia, ¿para qué quiero vivir?

Sin embargo, señor juez, yo soy alguien, conste así.

Soy un oficial primero de administración civil, que en vez de ser oficial quisiera ser aprendiz de sastre ó de zapatero, ó mozo de un café; mas no soy nada, ni nadie, ni tengo un maravedí.

De esta larga cesantía que no logro ver el fin es el término el Viaducto.

Requiescat in pace. Allí me hallará su señoría boca abajo ó de perfil, conforme caiga, oprimiendo con mi cuerpo el adoquín.

Ahur, no se culpe á nadie, de mi muerte. Juan Ruiz.

Por la copia,

E. NAVARRO GONZÁLEZ.



Leemos en la cuarta plana de un diario: «Gran surtido de ramilletes y tartas para San José.» ¿Todos para el Santo? ¡Morrocotuda indigestión va á tener el venerable patriarcal!

Menos mal que ya está acostumbrado.

Terminada la Cuaresma, comenzarán á funcionar las compañías extranjeras en nuestros principales teatros. Sarah Bernardt en el Real, la compañía Tomba en la Zarzuela, y otra excelente compañía de verso italiano en la Comedia, dirigida por el notable actor Novelli.

De fijo que de No velli no habrá que decir: *No valí.*

Lucen ya, á dos tintas, los carteles anunciando la temporada taurina próxima.

Hablan mucho, ofrecen poco y piden demasiado. Y en ellos no se dice nada del que es ya una institución. Del Medrano.

En Madrid las viejas hacen más locuras que las mozas; y es natural, porque llevan muchos más años de locas.

Ya, para satisfacción de Bustillo, el romancista, en nuestra Administración se vende, nueva edición, de *El Ciego de Buenavista*. Tiene el lector menos rico los romances á su alcance: son cincuenta y seis y pico, y sale cada romance casi á medio perro chico.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Marianicheto.—De suegras, de caseros, de vecinas y del terrible inglés, se hacían agudezas peregrinas... el año treinta y tres.

Sr. D. C. de S.—Valencia.—No tiene gracia. *Crispulo y círculo* no son consonantes, á no ser que la Divina Providencia haga un milagro. Es más, ¡aunque le haga!

Inicialer.—Ni fit ni fá. Es decir, que se quedan en medianitos.

Sr. D. A. C. y A.—Madrid.—¿Quiere V. que le diga una cosa en secreto? Pues yo sospecho que ni el autor la sabe.

Sr. D. J. G.—Madrid.—Eso, si es verdad, será interesante para la niña. Pero al público... Es preciso que esas composiciones generativas algo.

Don Fadrigue.—¡Fúllal que copia usted lo que puede! ¿Que no? Pues los asuntos no son de V. de ninguna manera.

Sr. D. R. M.—Madrid.—Con franqueza; se ha gastado mucho el sistema ese de mezclar nombres de damas.

Un astrónomo.—Será V. un mero aficionado, pero también es V. un besugo en ortografía.

Sr. D. L. A.—¡Hombrel! ¿por qué se ha puesto V. tan serio?

MADRID: 1888.—Tipografía de Manuel G. HERRÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad 25 duplicado. Teléfono 934

MADRID CÓMICO
EN EL ESTANQUE



—¡Caramba! pues si aquí hay tantos patos,
¿qué será en el mar?

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DEBUCANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA
(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.
Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar.	20 pesetas
Encuadernado en tela.	25
Cartulinas sueltas (cada una).	0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librerías y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.